

**EN TORNO A LA IDENTIDAD CULTURAL:
HUNGER OF MEMORY Y DAYS OF OBLIGATION
DE RICHARD RODRIGUEZ**

Luisa Antón-Pacheco Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

Hunger of Memory and *Days of Obligation* by Richard Rodriguez can both be placed at the centre of the controversy which has developed in recent years as a consequence of the movements which have revised and enlarged the traditional canon and which have caused the appearance of ethnic literature. Both texts contribute in some way to the ongoing debate about cultural identity. *Hunger of Memory* is an autobiographical essay which describes the process of assimilation experienced by the son of Mexican immigrants in Northern California. For Rodriguez the process of integration involves an inevitable transformation as well as a sense of loss. This is a political book, too, with its own stance in relation to bilingualism in schools and the policy of affirmative action. *Days of Obligation* is a book about California and Mexico. It is composed of a collection of essays full of personal reminiscences and impressions. In it Rodriguez examines the semiotic constructions which make up a national cultural identity or a minority cultural identity. Rodriguez gives a forceful and vivid account of great suggestive power and brings a degree of critical irony to bear on the cultural images that the U.S. and Mexico have for each other.

*Hunger of Memory*¹ y *Days of Obligation*² de Richard Rodriguez se pueden situar en el centro de la polémica desatada en los últimos años con los movimientos de ampliación y revisión del canon tradicional y el auge de la literatura de minorías.³ Ambos textos contribuyen de alguna manera al debate sobre la identidad cultural.

Hunger of Memory (1982) es un ensayo autobiográfico que describe el proceso de integración del hijo de inmigrantes mejicanos en el norte de California. El niño, que apenas balbucea unas frases de inglés en sus primeros días de colegio, tiene por

delante un largo recorrido, un proceso de aprendizaje y transformación que culminará, de forma literal y simbólica, en la sala de lectura del Museo Británico, becado para realizar un trabajo de investigación sobre la literatura renacentista en lengua inglesa. En este periplo educativo, largo en el tiempo y en el espacio, adquiere un lenguaje que le permite acceder a lo público, le proporciona una voz y, en última instancia, le confiere un poder político. La adquisición de esa voz pública se logra tras insertarse primero y hacer suyo después el discurso dominante, el lenguaje de lo que en su infancia son los “otros”, los “gringos”. Ese sentido de apropiación y uso de algo de lo que en un principio se siente apartado se hace evidente desde la primera frase del libro, que viene a constituirse en lema y resumen de la trayectoria que se describe: “I have taken Caliban’s advice. I have taken their books. I will have a run in this isle.” (H.M. 3). Pero la adquisición de la identidad pública (aquella que está reconocida y aceptada en esa sociedad) acarrea un coste: la ruptura con el pasado, con todo lo que de Méjico tienen sus padres, con esa familia unida e hispanohablante de su infancia. Rodríguez entiende el paso de la marginación a la integración en la sociedad americana como un largo trayecto en el que son inevitables tanto la transformación como la sensación de pérdida. De hecho, los libros de Rodríguez parecen dedicados a sopesar el precio de esa pérdida y a medir la distancia que le separa de sus padres, que ya no son padres en un sentido cultural.

“What preoccupies me is immediate: the separation I endure with my parents in loss. This is what matters to me: the story of the scholarship boy who returns home one summer from College to discover bewildering silence, facing his parents. This is my story. An American story.” (H.M. 5)

El hambre de recuerdo que da título a su autobiografía se traduce en un empeño de recuperar, describir y analizar las vivencias y señas de identidad (el color, la religión, la lengua) de esa infancia en una familia de inmigrantes. Un mundo del que se alejó, pero cuyas huellas siguen estando ahí a pesar de los años en que fueron relegadas al silencio.⁴

Aunque de forma indirecta *Hunger of Memory* se emparenta con muchas de las obras chicanas, que nos refieren la situación híbrida en que se encuentra la segunda generación y que presentan personajes desgarrados entre dos mundos. Tal es el caso de *Mexican Village* (1945) de Josephina Niggli y *Pocho* (1959) de José Antonio Villarreal, textos precursores del chicanismo que emergería y evolucionaría como movimiento social y literario entre los años 1969 y 1979. Se han considerado pertenecientes a la “literatura chicana” aquellas obras que hacen de la “identidad étnica” mejicano-americana su tema.⁵ *Hunger of Memory* marca su distancia frente a muchas de ellas al plantear y describir una alternativa concreta: la asimilación.

Hunger of Memory se desarrolla por medio de una colección de ensayos que al mismo tiempo simulan una autobiografía. Es también un libro político con una postura concreta y tajante con respecto al bilingüismo en las escuelas y la política de “affirmative action”, programas y medidas que se adoptaron como consecuencia de los movimientos sociales en favor de los derechos de las minorías durante los años sesenta y setenta. La autobiografía sigue los pasos de la escolarización del autor (“I write this autobiography as the history of my schooling”, 6). La educación de Richard Rodríguez, que le posibilita su integración y su conversión en ciudadano de los Estados Unidos (“It is education that has altered my life. Carried me far”,

5), se describe como un proceso de asimilación de un lenguaje, que en un primer momento se percibe como algo ajeno y extraño (es de otros antes de ser suyo). Rodríguez recuerda de su infancia el fuerte contraste entre dos mundos: el de su familia que pertenecía al reino de lo privado y que era íntimo, seguro y se asociaba con el español, y el mundo de lo público representado por el inglés, con sus sonidos diferentes (a oídos del niño de siete años) pertenecientes a un mundo hostil del que se sentía excluido (las voces del “gringo” le señalaban su condición de extranjero).⁶ Rodríguez se autodefine como un estudiante obsesionado por el lenguaje y por la forma en que acaba por configurar su identidad. Describe su autobiografía como un libro sobre el lenguaje, el gran elemento aglutinador, que socializa a la vez que homogeneiza. Le salva de la marginación auténtica que es el silencio, al proporcionarle una voz que puede ser escuchada en el espacio público. En el camino hacia la integración en el discurso dominante distingue una primera etapa de sumisión, adaptación y supresión de uno mismo y una segunda fase de apropiación; desde su inicial posición desfavorecida frente al discurso hegemónico acaba haciendo suyo ese lenguaje, interpellándolo e impregnándolo con su voz.

Rodríguez escribe desde una perspectiva concreta y en este sentido recoge y transmite una experiencia (la del inmigrante mejicano) diferente en gran medida de la de la corriente dominante, aun cuando se puede afirmar que se trata de un registro puntual y conmovedor de lo que se ha definido en la autobiografía de Philip Roth como una *historia clásica de la energía americana en el siglo veinte* (“It’s one of the classic stories of twentieth-century American energy –out of an ethnic family and then made by school”).⁷

Pero *Hunger of Memory* tiene un objetivo político concreto: atacar los programas de bilingüismo y la implantación del “affirmative action” en las universidades. Según Rodríguez los defensores del bilingüismo desprecian el valor y la necesidad de la asimilación, trivializan el dilema de los socialmente desfavorecidos y se recrean en percibir de forma romántica los vínculos del estudiante con su pasado, que inevitablemente refuerzan su aislamiento de la vida pública. Creen que el estudiante puede a un tiempo integrarse y mantener intactos los lazos con sus orígenes y se niegan a admitir que el éxito público exija un coste privado (*H.M.* 35). Retrasan la integración real al permitir que los niños utilicen durante unos años su lengua materna en la escuela y mantienen de forma artificial la unión con su infancia y con el país del que proviene su familia. Rodríguez también se muestra receloso de los beneficios derivados de los programas de “affirmative action”. En el libro apunta el desasosiego sentido en sus años de estudiante de universidad al verse favorecido tras haber sido etiquetado como “estudiante perteneciente a una minoría étnica”. Los programas de “affirmative action”, resultado de los movimientos en favor de los derechos civiles de las minorías, que en los años sesenta y setenta exigían un mayor acceso a la educación superior para los americanos no blancos, simplifican el problema al fijar unas cuotas de entrada en las universidades para las razas minoritarias, olvidándose de proporcionar una educación primaria adecuada a todos los miembros de esos grupos. Analizan el problema de la marginación en términos exclusivamente raciales. Las cuotas promulgadas por los programas de “affirmative action” benefician a las clases medias y no a los auténticamente marginados, que son aquellos que con una educación deficitaria se ven irrevocablemente condenados al silencio. La falta de educación o la dificultad en el acceso al sistema educativo y al consiguiente progreso en las distintas instituciones que administran el conocimiento y, por tanto, de alguna mane-

ra el poder es la gran falla discriminatoria en América, más que las cuestiones de raza u orígenes.

Resulta en cierta medida irónico que Richard Rodriguez ponga en entredicho los movimientos políticos y programas académicos que han colocado sus libros en los estantes de lecturas obligadas para los cursos de “estudios étnicos” y de “literatura chicana” en la Universidad de California. Dichos cursos deben su existencia a lo que a veces se ha calificado como democratización de los estudios de lengua inglesa, que ha provocado la ampliación del canon tradicional y su apertura a voces en el pasado inexistentes, silenciadas o marginadas.⁸ Pero Rodriguez muestra recelo acerca de la denominación “literatura étnica” y la rechaza. Aspira a promover un interés más general que el estrictamente étnico. Rehúsa erigirse en modelo de un grupo o ajustarse a un patrón pre-establecido. No quiere alzarse en representante de una minoría ni de un margen a pesar de escribir siempre desde una perspectiva concreta. Reniega del esencialismo inherente a la fórmula “minoría étnica”. Se siente incómodo con la institucionalización del margen y de los estudios étnicos y con todo lo que las actuales demarcaciones puedan tener de esencialismo y simplificación.

Days of Obligation (1992) está compuesto por una colección de ensayos, cuajados de recuerdos e impresiones, donde se examinan las distintas construcciones semióticas que constituyen las identidades culturales tanto nacionales como de sus minorías. Es un libro en el que se entremezcla lo personal y lo general, y que se desarrolla en la intersección entre lo individual y lo social. Rodriguez escribe una vez más desde su perspectiva de estadounidense hijo de inmigrantes mejicanos. De nuevo examina las huellas que le dejaron sus orígenes y, como indica el subtítulo “An Argument with my Mexican Father”, inicia un diálogo turbulento con su padre mejicano. Analiza su relación con Méjico desde su postura de “pocho” (el mejicano que olvida su lengua y sus raíces) y nos presenta los Estados Unidos no sólo al trasluz provocado por la sonrisa escéptica de su padre sino desde la posición a veces contradictoria y a veces distante del chicano. Rodriguez nos describe con fuerza y viveza no exentas de ironía crítica las imágenes que los Estados Unidos y Méjico y sus minorías tienen de sí mismos y de sus vecinos. De alguna manera el libro tiene que ver con los prototipos, con las simplificaciones y los contrastes con que inevitablemente se arropan los discursos nacionalistas o étnicos. Rodriguez los describe, los yuxtapone, los comenta y altera, revelando a veces su artificiosidad y explicando otras sus causas históricas, apuntando también su posible manipulación política.

A Rodriguez le interesan los signos que aceptamos como naturales e inmutables y que a menudo dependen de un contexto para adquirir un significado u otro. Le interesa desenmascarar las imágenes que, revestidas de esencialismo, sólo adquieren sentido en un entramado cultural y en un sistema de relaciones sociales y políticas. El color moreno de su cara es descrito como un signo interpretado de diferente manera según el contexto de su vida y que puede tener distintos sentidos según la perspectiva: símbolo de pobreza, símbolo de una vida de lujo y ocio, una prueba de su ascendencia mejicana, una señal de su pasado indio, una etiqueta en las casillas de admisión a las universidades.⁹

Days of Obligation es también un libro sobre California: sus lugares (San Francisco, Los Angeles, San Diego-Tijuana), los casi olvidados monumentos de su historia pasada (las Misiones), sus leyendas (la vida de Joaquín Murrieta) y sus gentes (mejicanos, asiáticos y americanos procedentes de la costa Este). Rodriguez define California como tierra en la que confluyen el pasado y el futuro, lo católico y lo protestante, la

tragedia y la comedia, el escepticismo y el optimismo, una vertiente mejicana y latina que pespuntea el discurso anglosajón dominante. Es una encrucijada resultante de distintos mitos: entre sus ciudades San Francisco, por ejemplo, se percibe como el último paraíso para el que llega del Este, y simboliza una especie de Finisterre, pero es algo muy distinto para el inmigrante mejicano que cruza la frontera del Norte y viene en busca de salario y trabajo. Tampoco es eso para los asiáticos, que constituyen la nueva cara de muchas ciudades californianas. Rodríguez se niega a leer el mapa en una única dirección, a presentar la historia desde una sola perspectiva.

“To speak of San Francisco as land’s end is to read the map from one direction only –as Europeans would read it or as the East Coast has always read it. In my lifetime San Francisco has become an Asian city. To speak, therefore, of San Francisco as land’s end is to betray parochialism. My parents came here from Mexico. They saw San Francisco as the North.” (*D.O.* 28)

Rodríguez juega con los tópicos pero no sólo para mostrarnos los factores sociales que entran en juego en su constitución sino también para desvelarnos su naturaleza de signos dependientes de un amplio y complejo lenguaje cultural. Son representaciones y construcciones sociales a la vez, a un tiempo certeras e insuficientes, necesarias y contradictorias. En ellas se cristalizan anhelos, temores, recelos y deseos que pueden ser utilizados en movimientos políticos concretos. El primer capítulo está dedicado a las diferentes versiones y visiones del indio del pasado y del actual. El indio, relegado a la primera página de la historia en los Estados Unidos, venerado en el discurso histórico de Méjico, es de hecho en la realidad de hoy un olvidado en ambos países, que sólo aparece cuando es utilizado como mascota del movimiento ecologista, convertido en una imagen de la publicidad televisiva frente a la que medir los abusos de la historia cuando conviene.¹⁰

En el libro, que se desarrolla en una serie de capítulos/ ensayos independientes de corte periodístico (algunos de ellos fueron publicados en revistas con anterioridad), describe muchos de los estereotipos, mitos y representaciones culturales. Los analiza y comenta. Los caricaturiza y compara. Simplifica y generaliza sobre el espíritu mejicano y el talante americano, sobre las perspectivas cruzadas de los inmigrantes y sus patronos. Para los mejicanos los Estados Unidos no se materializan en imágenes concretas. América es un ente invisible que exige que ellos se hagan invisibles al cruzar la frontera. Pero existe en los sueños de miles de adolescentes y en miles de oraciones maternas. Se hace ineludible: un voto de pobreza para el que envía todo el dinero a casa, una dosis de optimismo, un rito de iniciación. Méjico queda personificado como una madre preocupada por sus hijos que se alejan hacia el norte. Enarbola la antorcha no ya de la libertad sino del recuerdo, que mantiene su llama invocando a la familia, y el mundo de lo privado y lo concreto. Por el contrario, los Estados Unidos son para los mejicanos que emigran sobre todo una idea de futuro que se resume en un conjunto de abstracciones: oportunidad, organización, posibilidad. Rodríguez nos habla también de las contradicciones del chicanismo, que tomó auge a la sombra de los movimientos en pro de los derechos civiles de la minoría negra en los años sesenta, cuando América se vio obligada a reconocer que existían “minorías invisibles” en su seno. Frente al discurso dominante en los Estados Unidos, que hablaba de una mayoría blanca y una minoría negra reconocida, los americanos de ascendencia mejicana descubrieron que no sólo no tenían mitos sobre sí mismos en la historia de los Estados

Unidos, sino que carecían de espacio público. Rodríguez apunta cómo muchos líderes políticos mejicano-americanos comparaban en sus reivindicaciones la minoría negra y la chicana sin tener en cuenta complejos factores raciales o históricos que habrían descalificado tal equivalencia. Eran los tiempos en que los grupos étnicos definían su identidad particular desgajándose del mito del “melting pot”. El Chicanismo existe y pervive sacudido por las contradicciones, entre el victimismo y la nostalgia, entre Méjico y los Estados Unidos. Surgió como movimiento a mediados de los sesenta cuando a los agravios presentes de una minoría marginada se unieron las afrentas del pasado, lo que impulsó a los chicanos a la movilización social, a la búsqueda de un mito de orígenes (se proclamaron descendientes de los habitantes de Aztlán, el desierto del sudoeste) y a unas reivindicaciones con las que se pretendía, según Rodríguez, un acto de reconciliación. Al exigir el bilingüismo en la escuela y el colegio electoral el chicano buscaba compaginar la vida privada y la pública, el pasado y el futuro. El estadounidense de ascendencia mejicana se siente atrapado por tendencias divergentes —el éxito le aleja de Méjico (ya que cree, según apunta burlescamente Rodríguez, que el papel de víctima es el que mejor le representa¹¹), el uso del español de su nuevo país, los Estados Unidos. El movimiento político y sus representantes se mueven también en el terreno de los equívocos y las ambigüedades. Sus líderes (educados algunos en las universidades del Ivy League) se ven obligados a reconciliar bajo una misma bandera, la de un supuesto grupo étnico, a una multitud heterogénea con muy distintas problemáticas y expectativas.

“We want. We need. The problem, in this case, is not the candidate; it is the constituency. Who are we? We who have been to Harvard? Or we who could not read English? Or we who could not read?” (*D.O.* 69)

Para el mejicano-americano la relación con el Méjico real frente al del recuerdo, frente a la imagen transmitida a través de su familia, no es menos difícil, abocadas ambas partes, como el propio Rodríguez confiesa e ilustra con su experiencia personal, a no estar de acuerdo en nada.

El libro podría describirse también como una guía histórica y geográfica de la California actual. Hay un capítulo dedicado a las veintiuna Misiones que, esparcidas de Sonoma a San Diego, representa una parte de su historia. Hoy son edificios turísticos casi desconocidos, lo más antiguo en un Estado empeñado en venerar sólo el futuro, construcciones pintorescas entre las ruinas del siglo XX, donde a veces lo único que uno desea es una excusa para salir de la autopista. La cabeza de Joaquín Murrieta forma parte de una leyenda popular y para algunos es un vestigio simbólico de la lucha entre mejicanos y “gringos” en el siglo pasado. El capítulo dedicado a los asiáticos alude a la nueva cara de algunas ciudades californianas. De nuevo se describe el dilema y drama de las familias emigrantes de primera generación que confían que sus hijos mantendrán sus lazos con el pasado intactos, que sólo tomarán de América aquello que les permita salir adelante. El suyo, apunta Rodríguez, es el grito de Shylock a Jessica al prohibirle contemplar y dejarse atraer por el mundo gentil.

Todas las imágenes culturales tienen su lado equívoco, se desvelan como representaciones que cobran significado en una red compleja y cambiante de signos. Son símbolos que pueden ser desplazados. Rodríguez se fija en aquellas que se pueden situar en otro contexto con efectos diferentes, que se pueden percibir de forma novedosa desde otro ángulo. Es el caso de Los Angeles, la ciudad que vende al mundo como

“glamour” una imagen cuyos rasgos el niño de doce años desechaba como propios del Sacramento sin interés de su infancia: la ciudad horizontal, blanca, extendida y sin rascacielos.

“The Sacramento boy still refused to believe that a horizontal city could be a great city. But there were times when Los Angeles amused me for taking all I dismissed as Sacramento and selling it to the world as glamour. What a joke!”
(*D.O.* 153)

Tijuana se presenta oscilando entre imágenes contrapuestas: su dudosa reputación pasada, otorgada por encontrarse al otro lado de la Prohibición, es una especie de tatuaje lascivo del que quiere deshacerse. Por otra parte ofrece al visitante sus realidades presentes, su cara de día con sus bloques de oficinas y su cinturón industrial. Se sitúa en el umbral entre Méjico y los Estados Unidos, entre el primer mundo y el tercer mundo, entre el siglo XIX y el XXI. En ella conviven los turistas en busca de una rápida inyección de exotismo y una numerosa población flotante, sombras que también cruzan la frontera aunque sigilosamente y hacia el norte (Rodríguez intercala un episodio en el que acompaña como reportero a una patrulla de la policía en su recorrido de vigilancia en la frontera). Tijuana es descrita como una ciudad industrial, dickensiana y con palmeras, donde se dan la mano el capitalismo y la miseria.

Existe otro capítulo sobre San Francisco, con su fama de último paraíso en la tierra, el lugar que representaba el final de la búsqueda para el que llegaba del Este en los sesenta y setenta, hoy transformado en ciudad asiática. Se nos habla también de su población homosexual a la que Rodríguez, jugando una vez más con las imágenes y denominaciones equívocas, califica de “victorianos tardíos”. La ciudad escoge como edificio representativo de sí misma esa metáfora arquitectónica de la familia que es la casa victoriana. Bajo un mismo techo la casa victoriana albergaba en el pasado a distintas generaciones y distintas clases sociales. Por razones de mercado a mediados de los setenta la población homosexual de San Francisco se encontró viviendo en barrios con hileras de casas victorianas que parecían proclamar exteriormente una ortodoxia multigeneracional al tiempo que escondían en su interior el espíritu poco convencional de la ciudad.

Rodríguez describe las imágenes culturales, los mitos nacionales o étnicos. Los utiliza, los yuxtapone, se rinde a ellos, los explica y justifica, les da la vuelta, crea otros nuevos. En otros casos nos muestra sus posibles manipulaciones, sus contradicciones y falacias. Es un libro, por este motivo, lleno de sugerencias salpicadas de escepticismo con respecto a una noción tan controvertida y compleja como la de la identidad cultural. Es un libro personal: un libro que habla de Méjico, de su pasado indio, de su presente y presencia en los Estados Unidos a través del chicanismo. En un mundo en que las señas de identidad étnica se perfilan en el cambiante campo de los contrastes, a pesar de que con frecuencia se invoquen aspectos inmutables como el color, la lengua o la religión, Rodríguez representa y resume la presencia de Méjico en su familia y en su infancia con algo tan tenue, sutil y evanescente como la sonrisa escéptica de su padre.¹²

El libro combina los recuerdos personales con la generalización, el resumen histórico con la descripción geográfica y el análisis antropológico. Son ensayos trufados de escenas reminiscentes de la infancia y de su experiencia personal: de diálogos, inventados o reales, y de recuerdos. Las descripciones se suceden en sorprendentes

imágenes. El análisis no es lineal ni argumentativo, la fuerza de los ensayos radica en su capacidad para sugerir, para sorprender, para revelarnos la naturaleza semiótica, a veces contradictoria y cambiante del discurso histórico, nacionalista, étnico. Se presentan todos ellos como lenguajes necesarios con los que se alude a una realidad ineludible, pero también en gran medida falaces y en los que se integran de forma subrepticia las relaciones de poder y se revisten de naturalidad y esencialismo.

Days of Obligation es un libro de actualidad, un texto obligatorio en los cursos de literatura de minorías en la Universidad de California, aún cuando revela la naturaleza lingüística y arbitraria de los signos que se erigen en definitorios de la identidad cultural (ya sea nacional o étnica). Cuestiona con mirada escéptica el esencialismo inherente a la palabra minoría. Quizá por eso, más que a pesar de ello, sea imprescindible su presencia en los estantes de lecturas exigidas para los mencionados cursos.

Notas

1. *Hunger of Memory, The Education of Richard Rodriguez* (New York: Bantam Books, 1982). (A partir de ahora nos referiremos a esta edición con las siglas *H.M.*)
2. *Days of Obligation. An Argument with My Mexican Father* (New York: Penguin Books, 1993). (A partir de ahora nos referiremos a esta edición con las siglas *D.O.*)
3. Sobre este aspecto véanse Leslie Fiedler y Houston Baker, eds., *Opening Up the Canon: Selected Papers from the English Institute* (Baltimore: Johns Hopkins UP, 1981) y Robert von Hallberg, *Canons* (Chicago: Chicago UP, 1985).
4. "In singing the praise of my lower class past, I remind myself of my separation from the past, bring memory to silence. I turn to consider the boy I once was in order, finally, to describe the man I am now. I remember what was so grievously lost to define what was necessarily gained". (*H.M.*, 6)
5. Pierre-Yves Pétilion, *Histoire de la littérature américaine (Notre demi-siècle, 1939-1989)* (Fayard, 1992) 434-438. Sobre la literatura chicana véanse Julio Martínez y Francisco Lomelí, *Chicano Literature: A Reference Guide* (Westport: Greenwood Press, 1985); Ramón Saldívar, *Chicano Narrative. The Dialects of Difference* (Madison: The U of Wisconsin P, 1990); Carl y Paula Shirley, *Understanding Chicano Literature* (Columbia: U of South Carolina P, 1988); y Tino Villanueva, *Chicanos. Antología histórica y literaria* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980).
6. "Mine was a childhood of intense family closeness. And extreme public alienation" (*H.M.*, 3).
7. Philip Roth, *The Facts* (Harmondsworth: Penguin, 1988) 165. Roth es una figura controvertida en el mundo literario judeo-americano debido a algunos de sus retratos satíricos de dicho grupo social, que constituye el referente obligado de la mayor parte de sus obras.
8. Véase la introducción a *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies*, ed. Stephen Greenblatt y Giles Gunn (New York: The Modern Language Association of America, 1992) 1-11.
9. "My complexion assumes its significance from the context of my life" (*H.M.* 137). "Dark skin was for my mother the most oppressive symbol of a life of oppressive labor and poverty" (*H.M.* 119). "Visiting the East Coast or the gray capitals of Europe during the long months of winter, I often meet people at deluxe hotels who comment on my complexion. (In such hotels it appears nowadays a mark of leisure and wealth to have a complexion like mine.) Have I been skiing? In the Swiss Alps? Have I just returned from a Caribbean vacation?" (*H.M.* 114). "No one in my family had a face as dark or as Indian as mine" (*D.O.* 1). "I grew up in Sacramento thinking of Indians as people who had disappeared. I was a Mexican in California" (*D.O.* 3). "On the other hand, a Berkeley under-

- graduate approached me one day, creeping up as if I were a stone totem to say, 'God it must be cool to be related to Aztecs'." (*D.O.* 2)
10. "In the public-service TV commercial, the Indian sheds a tear at the sight of an America polluted beyond his recognition. Indian memory has become the measure against which America gauges corrupting history when it suits us" (*D.O.* 5). "Thus does the Indian become the mascot of an international ecology movement. The industrial countries of the world romanticize the Indian who no longer exists, ignoring the Indian who does..." (*D.O.* 6)
 11. "Success is a terrible dilemma for Mexican Americans, like being denied some soul-sustaining sacrament. Without the myth of victimization –who are we?" (*D.O.* 70)
 12. Sobre la importancia del "contraste" en la definición de la identidad étnica y su carácter antitético o "disociativo" véase George Devereux, "Ethnic Identity: Its Logical Foundations and Its Dysfunctions," *Ethnic Identity: Cultural Continuities and Change*, ed. George de Vos y Lola Romanucci-Ross (Palo Alto: Mayfield, 1985).